

12) *La exposición del lenguaje.— Confrontación de lo moral con el egoísmo*

La siguiente exposición nos va a informar si el lenguaje traspasa el fin de lo moral en el propio yo del que obra, o, dicho en mi terminología, si el que obra es él mismo *sujeto del fin* de lo moral.

La dirección al propio ser es la primera y normal función de la voluntad prescrita por la naturaleza misma, realiza con ello la ley fundamental de la creación: la conservación de sí mismo.

El lenguaje emplea para la designación de esa relación del fin tres palabras: *mismo*, *propio*, *yo*. De la primera se forman conservación de sí mismo, afirmación de sí mismo; de la segunda, interés personal, codicia, propiedad; de la tercera, egoísmo. De esas expresiones sólo las primeras se emplean igualmente para el animal y el hombre (conservación de sí mismo, instinto de conservación de sí mismo); las otras, sólo para los seres humanos. Es notorio que se aplica en ello una medida que a sus ojos no puede aplicarse al animal.

El animal no conoce ningún egoísmo (*Selbstsucht*). Con la palabra manía (*Sucht*) designa el lenguaje la degeneración morbosa de un instinto en sí justificado; manía es pues la extralimitación de la aspiración dirigida hacia sí mismo por sobre la medida justa.

Tampoco decimos del animal que es *egoísta* e interesado en sí mismo. Cuando Schopenhauer (*), que hace esta observación, se imagina fundamentarla diciendo que el “egoísmo” consiste en “la persecución sistemática del fin condicionada por la razón”, no puedo declararme conforme con eso. “Sistemáticamente” y con gran astucia puede obrar también el animal, para ello no necesita la “razón”, la simple percepción le basta para el conocimiento exacto del “provecho propio” y para la justa elección del medio. Según mi manera de ver, la razón por la cual el lenguaje limita la expresión a los seres humanos, no está en lo intelectual, en donde lo busca Schopenhauer, sino en lo ético. También aquí, como en el egoísmo, queda en segundo término nuevamente lo moral — el egoísmo contiene un reproche moral, no la conservación o la afirmación de sí mismo.

Egoísmo es lingüísticamente la relación del fin de la voluntad con el propio yo. Si fuese simplemente la preocupación por el propio uno mismo lo que tiene en vista el lenguaje en ello, la expresión se aplicaría también al animal (conservación de sí mismo), el yo (egoísmo) sólo en realidad también al animal. Pero el yo, del cual el

(*) Die Grundlagen der Moral, § 14, Werke, vol. 4, pág. 196.

lenguaje toma la denominación del egoísmo, sólo se refiere al hombre, *al yo se eleva el ser viviente tan sólo en los humanos*. Yo es sólo aquel que puede expresar la palabra — la palabra yo es la floración lingüística, el hecho fenomenal de la conciencia de sí. Los niños hablan al comienzo en infinitivo — el yo tienen que conocerlo primero, y lo conocen tan sólo cuando se siente el yo. El uno mismo lo aplica el lenguaje también con respecto al animal (conservación de sí mismo), el yo (egoísmo sólo con respecto a los seres humanos — el hombre es el único egoísta en la creación, pues al egoísmo pertenece junto a la voluntad, que se dirige al yo, también la conciencia del yo. Egoísmo es la unidad de la conservación de sí mismo y la conciencia de sí (*), designa para la voluntad el mismo fenómeno que la conciencia de sí para el espíritu, la última es el yo, que se *piensa*, éste el yo que se *quiere*.

Con el yo, como el pensar sobre sí mismo, se retira el hombre en sí y se pone con ello en oposición al mundo entero. Si el querer sigue en ello al pensar, también la voluntad se retira al propio yo; así le parece el mundo entero, en tanto que puede tenerlo a su alcance, sólo como medio para su fines — el egoísmo es la araña gigante que espera en su rincón en la tela tensa, acechando a la víctima que ha de caer en ella.

¿Está en ello, es decir en el egoísmo, la esencia de la voluntad? El lenguaje nos responde por medio de una serie de expresiones por las que reconoce la posibilidad psicológica de una tendencia de la voluntad que se aparta del yo: abnegación, desinterés, superación de sí mismo, desprendimiento. Obsérvese la forma negativa en que el lenguaje expresa el apartamiento de la voluntad

(*) La lengua latina y griega no han tenido ninguna expresión para egoísmo, que por lo demás también es de fecha muy tardía para los idiomas modernos; el sánscrito, según una información que debo a Bensey, **Aham - kara** (hacer uno mismo, en lo cual está también el elemento de la conciencia de sí mismo), así **Aham-kriti** junto al adjetivo **Aham-krita** (= egoísta).

del propio yo (*). ¿Qué habría sido más fácil, se podría decir, que expresar esta tendencia positivamente como la dirección hacia otra? Y en verdad un filósofo moderno, (Augusto Comte) ha creído tener que colmar este vacío por la formación de la acertada voz: *altruísmo*. Que el lenguaje, si hubiese querido, habría podido crear una expresión correspondiente, está claro, y un rudimento de ello lo ha hecho en verdad con el “amor al prójimo”, “filantropía”. Pero el contraste entero con el egoísmo no ha sido agotado con ello; para él, el lenguaje sólo conoce las anteriores calificaciones negativas. Si no ha formado ninguna expresión correspondiente, sólo puedo ver la razón de ello en el hecho que no lo ha *querido*, y se mantiene para mí en esta ocasión nuevamente la experiencia hecha a menudo de que el lenguaje es en su sentido profundo incomparablemente más filosófico que muchos filósofos de profesión. Con la palabra *altruísmo* oponemos al egoísmo un principio equivalente independiente del obrar; designamos con ello una posición de la voluntad, en la que ha perdido enteramente de vista el propio yo, al que no recuerda nada su punto de partida. El lenguaje en cambio mantiene también en esta separación de la voluntad del yo la acción originaria con el yo o con el sí mismo, el punto originario de partida queda lingüísticamente a la vista y actualiza con ello la lejanía en que se mueve, el hecho que se ha separado primeramente del yo, el abismo que ha tenido que cruzar entre él y el mundo — es el *lunar del egoísmo*, que el lenguaje ha dado al desprendimiento en esta denominación.

Ahora bien, si la voluntad en realidad tiene el poder para escapar en su acción enteramente a la relación con el yo, y si aquello que el lenguaje llama abnegación y desinterés no es más bien una especie superior de la afirmación de sí mismo, que opone con este nombre a la afirmación egoísta, tendremos ocasión de investigarlo

(*) Una exposición ulterior sobre el significado de las formas negativas de expresión de los contractes, más adelante en el número 13.

más adelante; aquí nos basta que el lenguaje lo reconozca.

Si reunimos el resultado que no ha delineado la consideración lingüística del egoísmo, consiste en esto: el hombre lo mismo que el animal toman los fines de su acción de sí mismos (conservación de sí mismo), pero en el hombre comprueba el lenguaje además dos fenómenos: una degeneración de esa relación con el fin hacia el propio yo (egoísmo) de un renunciar al mismo (*abnegación, desprendimiento*). Ambas cosas no se comprenden desde el punto de vista del egoísmo. Si el egoísmo constituye la medida exclusiva para la apreciación de las acciones humanas, no se pueden destacar algunas de ellas como egoístas, entonces la calificación conviene a todas o a ninguna de ellas. Si constituye el egoísmo el motivo exclusivo de la acción humana, el desprendimiento o la abnegación constituyen una imposibilidad psicológica.

Lo que puede decir también el lenguaje positivamente sobre lo moral, es ya de antemano seguro que no se puede apoyar en el yo, como hizo la teoría individualista de lo moral que se considerará más adelante. De ese modo se vio en la necesidad de distinguir un doble yo: uno inferior y uno superior, prevaleciendo aquél en la esfera del egoísmo, éste en la de lo moral. Pero el yo se ha gastado lingüísticamente ya en las expresiones anteriores relativas al egoísmo, mientras que, si se quisiera distinguir un doble yo, uno egoísta y uno moral, habría sido fácil formar las expresiones correspondientes para ello, y la terminología de lo moral se apoyaría, en lugar del punto de partida lingüístico de la costumbre, en este segundo yo superior. Pero esto no ha ocurrido así, el lenguaje sólo conoce el yo que hemos descrito hasta aquí:

El yo, pues, no equivale tampoco en el lenguaje como

El yo pues, no equivale tampoco en el lenguaje como el sujeto del fin de lo moral. Con este resultado negativo se cierra nuestra consideración del egoísmo, y con ello está terminada la primera parte de nuestras investigaciones lingüísticas. Tenía por fin obtener informa-

ción sobre lo moral escuchando a los vecinos conceptuales de lo moral, para mantener mi comparación anterior. Por su oposición a lo moral, la costumbre, lo conveniente y el egoísmo nos han ilustrado sobre factores esenciales de los mismos. Son los tres siguientes: validez general de las normas morales en oposición a la fuerza obligatoria condicionada de la costumbre — la exhibición de los fines en oposición a los medios, que es cosa de lo conveniente — los fines de lo moral no son tomados al yo, aquellos que tienen por punto de mira el yo caen en la esfera del egoísmo.

Intentamos ahora ver si podemos obtener una respuesta a lo moral. Lo que puede expresar al respecto la etimología, lo sabemos ya, es el hecho histórico que lo moral lo mismo que la costumbre surge de la vida del pueblo; sobre la esencia de lo moral no nos dice nada. Veamos si lo hace el idioma acabado.